HISTORIA DE LA FINCA

En la entrada del nuevo cortijo de la Dehesa San Francisco, en el suelo, se encuentran unas iniciales D A en hierro y una fecha 1894. ¿A quién se refieren estas iniciales?

A mediados de 1800 vivían en Higuera de la Sierra cuatro hermanos apellidados Rincón que tenían varias decenas de miles de hectáreas en distintas fincas repartidas entre los términos de Santa Olalla del Cala, Cala, Zufre, Higuera de la Sierra y Aracena.

Así eran propietarios de El Membrillo, El Cuervo, San Francisco, Pan de Pobre, Los Castillejos, El Encinar, Matasalas, la Corvera, La Nava, La Noria, El Puerto de La Nava, el Bezo, Aguafria, La Noria de Zufre, Monte Rincón, Monte de Domingo Muñoz, Lo Álvaro, el Vaquero y muchas más que desconozco en Higuera de la Sierra, Zufre y Aracena.

Uno de ellos se casó con una señora apellidada Rufo y tuvieron dos hijas, Sebastiana Rincón Rufo y Manuela Rincón Rufo.

Sebastiana se casó con su tal vez pariente Manuel Mª Rufo Rufo y Manuela con Antonio Duque Acemel, (DA del hierro de San Francisco) ambos maridos naturales de Zufre.

Foto, Sebastiana Rincón Rufo, alrededor de 1880.

RINCON 1

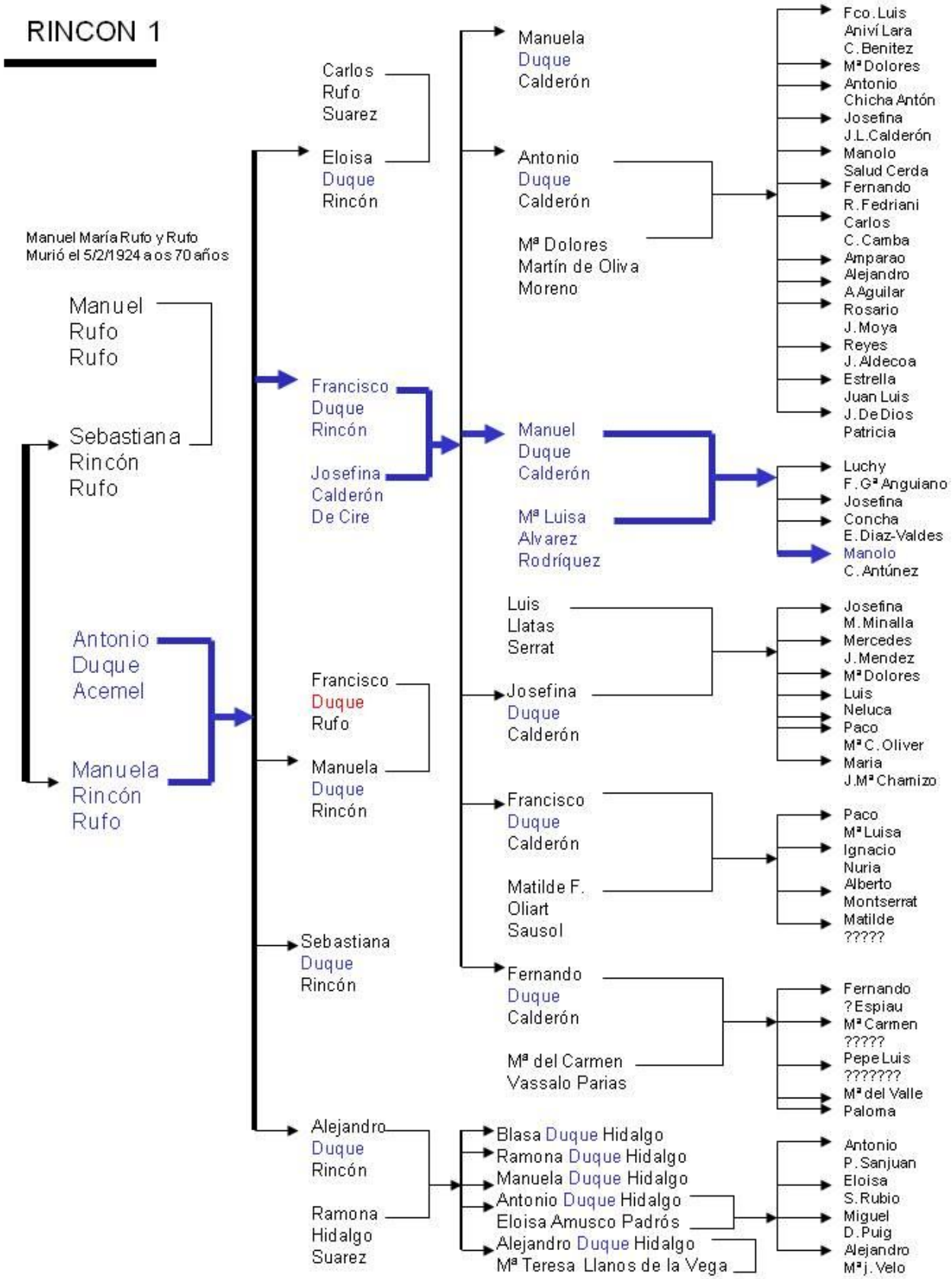

Manuel María Rufo y Rufo
Murió el 5/2/1924 a os 70 años
Manuel Rufo Rufo
Sebastiana Rincón Rufo
Antonio Duque Acemel
Manuela Rincón Rufo
Carlos Rufo Suarez
Eloisa Duque Rincón
Francisco Duque Rincón
Josefina Calderón De Cire
Francisco Duque Rufo
Manuela Duque Rincón
Sebastiana Duque Rincón
Alejandro Duque Rincón
Ramona Hidalgo Suarez
Manuela Duque Calderón
Antonio Duque Calderón
Mª Dolores Martín de Oliva Moreno
Fco. Luis
Aniví Lara
C. Benitez
Mª Dolores
Antonio
Chicha Antón
Josefina
J.L.Calderón
Manolo
Salud Cerda
Fernando
R. Fedriani
Carlos
C. Camba
Amparao
Alejandro
A Aguilar
Rosario
J. Moya
Reyes
J. Aldecoa
Estrella
Juan Luis
J. De Dios
Patricia
Manuel Duque Calderón
Mª Luisa Alvarez Rodríquez
Luchy
F. Gª Anguiano
Josefina
Concha
E. Diaz-Valdes
Manolo
C. Antúnez
Luis Llatas Serrat
Josefina Duque Calderón
Josefina
M. Minalla
Mercedes
J. Mendez
Mª Dolores
Luis
Neluca
Paco
Mª C. Oliver
Maria
J.Mª Chamizo
Francisco Duque Calderón
Matilde F. Oliart Sausol
Paco
Mª Luisa
Ignacio
Nuria
Alberto
Montserrat
Matilde
?????
Fernando Duque Calderón
Mª del Carmen Vassalo Parias
Fernando
? Espiau
Mª Carmen
?????
Pepe Luis
???????
Mª del Valle
Paloma
Blasa Duque Hidalgo
Ramona Duque Hidalgo
Manuela Duque Hidalgo
Antonio Duque Hidalgo
Eloisa Amusco Padrós
Alejandro Duque Hidalgo
Mª Teresa Llanos de la Vega
Antonio
P. Sanjuan
Eloisa
S. Rubio
Miguel
D. Puig
Alejandro
Mªj. Velo

Foto: Manuela Rincón Rufo alrededor de 1880.

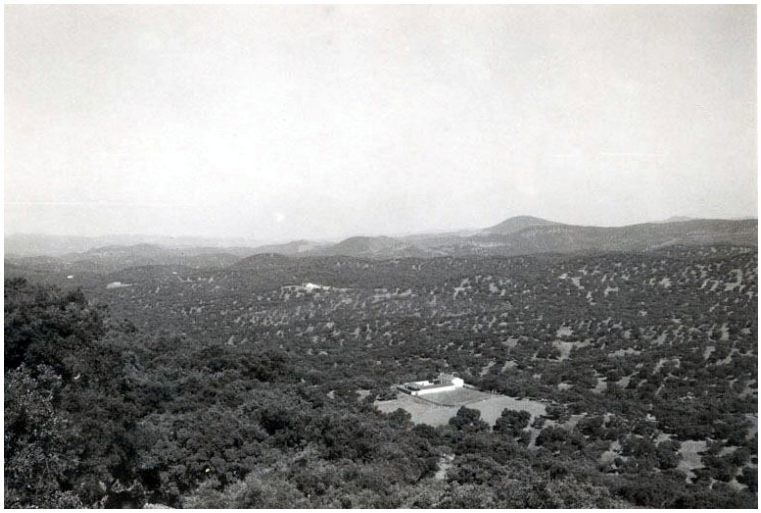
Estas señoras Rincón heredaron de su padre las siguientes fincas:

Manuela Rincón Rufo heredó El Membrillo, El Cuervo, San Francisco, Pan de Pobres, todo ello en el término de Santa Olalla, Monte del Rincón, Monte de Domingo Muñoz, Sierra de olivos y la casa de la Calle del Pozo, todo ello en el término de Zufre.

A Sebastiana Rincón Rufo le correspondió Matasalas y el Ollero, Corvera baja, La Nava, La Noria de la nava y Los Castillejos.

Estas fincas no tenían ningún cortijo, tan solo diversas majadas para cochinos con una pequeña nave para comida al lado. Así Sebastiana se hizo construir el cortijo de La Nava, cerca del camino de Santa Olalla a Zufre y en el centro de su finca. Manuela se construyó igualmente el cortijo de San Francisco, eligiendo para emplazarlo un lugar de su finca en el que existía una roca y desde donde se veía a lo lejos el cortijo de La Nava. Así por las tardes Manuela se sentaba en esa roca y podía ver a su hermana Sebastiana en La Nava.

Cuando estas señoras murieron, las fincas pasaron a sus hijos en el caso de Manuela y a sus sobrinos en el caso de Sebastiana, al no haber tenido esta descendencia directa.



Foto, en primer término el antiguo cortijo de San Francisco y al fondo el cortijo de La Nava. Foto tomada desde El Risco del Cuervo alrededor de 1970.

Manuela Rincón Rufo y Antonio Duque Acemel tuvieron cinco hijos, Eloísa, Manuela, Sebastiana, Francisco (mi abuelo) y Alejandro.

Eloísa Duque Rincón, se casó con Carlos Rufo Suarez y no tuvieron hijos..

Manuela Duque Rincón, que se casó con Francisco Duque Rufo de la otra rama de los Duque de Zufre y tampoco tuvieron hijos.

Foto, Manuela Duque Rincón y Francisco Duque Rufo el día de su boda. Finales XIX.

Sebastiana Duque Rincón, se quedó soltera.

Foto, Sebastiana Duque Rincón, foto de finales del siglo XIX.

Francisco Duque Rincón, que se casó con Josefina Calderón de Cire (mis Abuelos) que fue notario en Cádiz y Sevilla

Foto, Francisco Duque Rincón, El Notario (Mi abuelo), alrededor de 1920.

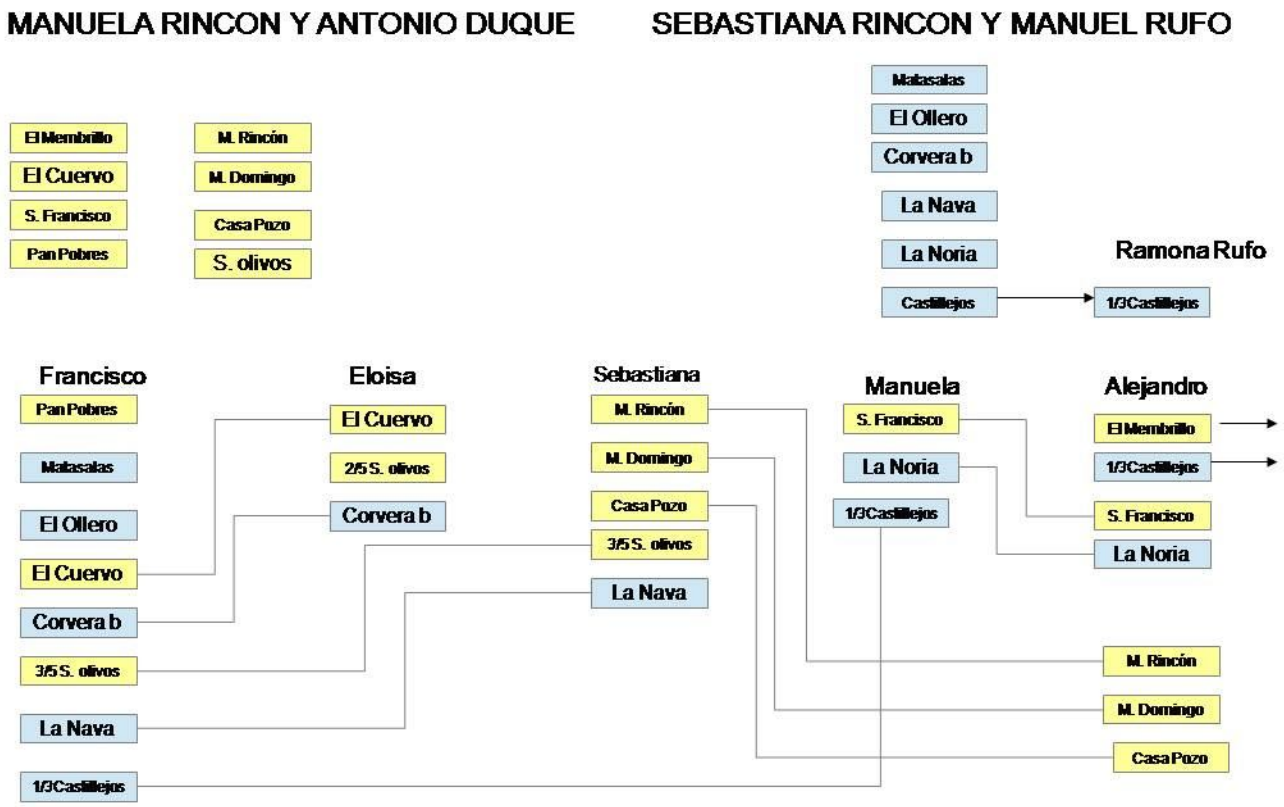
Alejandro Duque Rincón que se casó con Ramona Hidalgo Suarez y fue médico en Zufre.

Foto, Alejandro Duque Rincón, Médico de Zufre, alrededor de 1910.

Estos fueron los Duque Rincón que heredaron las fincas de su madre Manuela y de su tía Sebastiana.

Así las propiedades de Manuela se repartieron entre sus hijos de la siguiente forma:
El Membrillo pasó a Alejandro Duque Rincón.
El Cuervo y 2/5 de la sierra de olivos de Zufre a Eloísa Duque Rincón y su marido..
San Francisco a Manuela Duque Rincón y su marido Francisco Duque Rufo.
Pan de Pobres a Francisco Duque Rincón.
Los 3/5 restantes de la sierra de olivos de Zufre, así como la casa de la calle del Pozo, el monte del Rincón y el monte de Domingo Muñoz, pasaron a Sebastiana Duque Rincón.

Las propiedades de Sebastiana Rincón se repartieron entre sus sobrinos así:
1/3 de los Castillejos a Alejandro Duque.
La Corvera baja a Eloísa Duque Rincón y su marido Carlos Rufo.
La Noria y 1/3 de los Castillejos a Manuela Duque Rincón y su marido Francisco Duque Rufo.
Matasalas y el Ollero a Francisco Duque Rincón.
La Nava a Sebastiana Duque Rincón.
El último tercio de Los Castillejos pasó a Ramona Rufo, sobrina de Sebastiana Rincón.



Como Eloísa, Sebastiana y Manuela Duque Rincón mueren sin descendencia, sus fincas pasan a sus hermanos Francisco (El Notario) y Alejandro (El Médico).

Así, Francisco Duque Rincón (El Notario) hereda de su hermana Eloísa, El Cuervo y la Corvera Baja.

Las propiedades de Manuela Duque Rincón y Francisco Duque Rufo pasan; a Alejandro Duque Rincón San Francisco y La Noria; y el tercio de los Castillejos a Francisco Duque Rincón.

Las propiedades de Sebastiana Duque Rincón pasan; a Francisco Duque Rincón la Nava y los 3/5 de la sierra de olivos de Zufre; y a Alejandro Duque Rincón la casa de la calle del Pozo en Zufre, el monte del Rincón y el monte de Domingo Muñoz.

Así toda la finca queda en manos de Francisco y Alejandro Duque Rincón excepto 1/3 de los Castillejos que como dije antes pasa a Ramona Rufo, sobrina de Sebastiana por parte del marido. Posteriormente Alejandro Duque Rincón venderia El Membrillo.

Francisco Duque Rincón (El Notario) y Josefina Calderón Fernández de Cire, mis abuelos, tuvieron seis hijos:

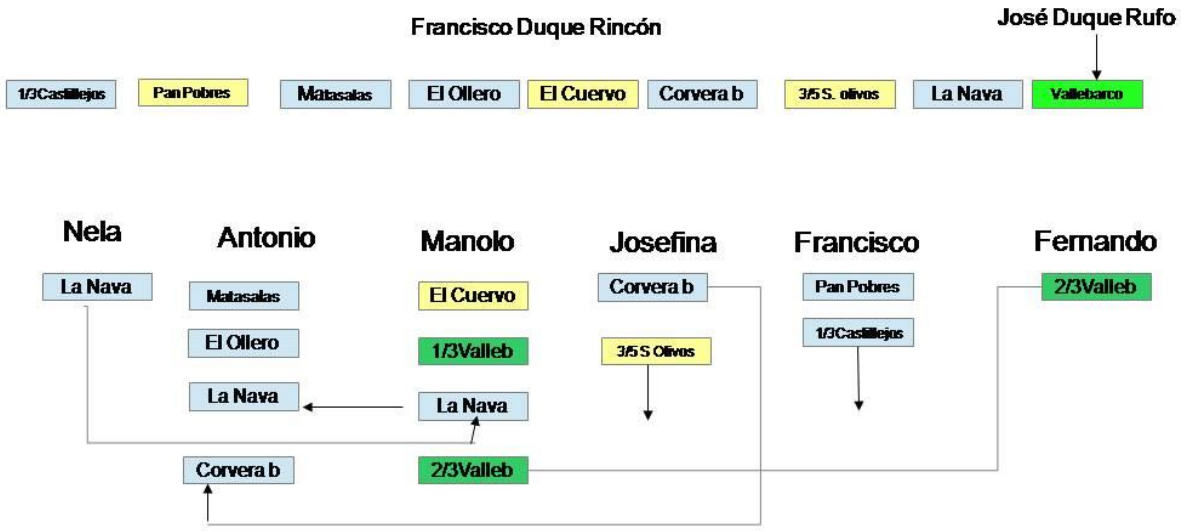
Foto, familia Duque Calderón, de izquierda a derecha: Antonio, Manuel (mi padre), Manuela (Nela), Josefina Calderón, Francisco, Fernando, Francisco Duque, Josefina. Foto alrededor de 1921.

Francisco Duque Rincón conserva las fincas, a las que une, mediante compra que realiza a José Duque Rufo, Vallebarco, conociéndose ya toda la finca como “La Nava del Notario”.

Por su parte, Alejandro Duque Rincón (El médico) se casa con Ramona Hidalgo y tienen cinco hijos, Manuela, Ramona, Blasa, Alejandro y Antonio Duque Hidalgo, que heredaran las fincas de San Francisco, La Noria de la Nava y las casas y huertas de Zufre, junto con La Noria de Zufre.

A la muerte de mi abuelo Francisco Duque Rincón (el Notario), heredan la finca sus hijos, repartiéndose de la siguiente manera:

Matasalas y el Ollero para Antonio Duque Calderón, El Cuervo y 1/3 de Vallebarco para Manuel Duque Calderón (mi padre), Pan de Pobres y los Castillejos para Francisco Duque Calderón, La Corvera baja y la sierra de olivos de Zufre para Josefina Duque Calderón, los 2/3 restantes de Vallebarco para Fernando Duque Calderón y La Nava para Nela (Manuela) Duque Calderón.



A la muerte de mi tía Nela, Manuel (mi padre) adquiere La Nava, pero cuando su hermano Fernando quiere vender sus 2/3 de Vallebarco, Manuel le vende La Nava a su hermano Antonio y compra los 2/3 de Vallebarco poniéndolo a nombre de sus hijas (mis hermanas) Luchy, Fina y Concha Duque Alvarez.

Posteriormente Josefina vende la sierra de olivos de Zufre y la Corvera Baja, comprando esta última finca Mª Dolores Martín de Oliva, viuda ya de mi tío Antonio Duque Calderón.

En este momento queda la finca así: Matasalas, el Ollero, Corvera Baja y La Nava propiedad de los herederos de Antonio Duque Calderón, El Cuervo y Vallebarco de Manuel Duque Calderón y sus hijas; y Pan de Pobres y los Castillejos de Francisco Duque Calderón.

Todas estas fincas, junto con San Francisco y La Noria de la Nava propiedad de los herederos de Alejandro Duque Rincón, se llevaban bajo una única administración por mi padre, Manuel Duque Calderón, conociéndose como “La Nava del Notario”. Ello suponía alguna confusión ya que lindando con esta finca está El Puerto de la Nava, propiedad de Manuel Duque Domínguez, (este Duque es otro Duque distinto a nosotros y que no nos tocaba nada) que se la compró a nuestro pariente Manuel Rincón Rincón.

La finca de 1.214 Has. se administraba desde el cortijo de La Nava, en donde pasábamos largas temporadas, permaneciendo siempre cerrados los cortijos de San Francisco y Pan de Pobres. Guardo muy buenos recuerdos de esta finca, que en casa siempre llamábamos, “El Campo”. Nos íbamos muchos fines de semana al año con mis padres y varias muchachas, o bien en Navidad o en verano los años que había saca de corcho.

Recuerdo el viaje, por supuesto por carretera pues la autovía no se inauguró hasta los años 2000, primero en un Seat 1400 y posteriormente en un Morris 1100. Duraba unas dos horas y siempre parábamos en Casa Mati, en El Ronquillo para tomar algo y estirar las piernas. En esa época nos podríamos cruzar a lo sumo, con una veintena de coches y camiones.

La vida en el campo hasta los años 70 fue muy dura y penosa. Ya en los 70 los trabajadores comenzaron a tener posibilidades para comprarse una casa en el pueblo e irse a vivir allí, pero desde después de la guerra civil hasta esos años, no tenían más posibilidades que vivir donde le permitiesen, en alguna construcción del campo, normalmente en algunas de las naves de comida aledañas a las majadas de los cochinos que salpicaban la finca y los más afortunados en las casas de los guardeses de los cortijos de la Nava, San Francisco y Pan de Pobres, o en las casas de El Risco de El Cuervo o Vallebarco algo más grandes. Pero todas ellas sin agua corriente, ni servicios, ni electricidad.

El cortijo de La Nava, lo teníamos amueblado para nuestro disfrute y tampoco tenía agua corriente ni electricidad, aunque si un cuarto de baño. Yo al menos no echaba nada en falta. Siempre había un muchacho, que se le denominaba “el chinga”, que además de limpiar las cuadras y atender al ganado del cortijo, los caballos, gallinas y pavos, estaba todo el día con una burra o un mulo con unas angarillas de seis cántaros yendo y viniendo al pilar de Pan de Pobres o a la Noria a por agua.

Parte de ella la vertía en un depósito pequeño que desde la casa de Goro (Gregorio), el encargado, abastecía nuestro cuarto de baño, y otra parte en una tinaja que había embutida en el muro del patio posterior del cortijo. Yo de niño, muchísimas veces acompañaba a por agua al “Chinga”, yendo al pilar de Pan de Pobres subido en la Burra y

volviendo andando, pues la pobre burra venia cargada con los cántaros llenos.
Por las noches se encendían multitud de quinqués de “petróleo” que daban una luz tenue y mágica a todo el cortijo.

Hasta los años de 1960 en “El Campo” vivían muchas familias de trabajadores y cada hombre tenía un cometido. En muchas ocasiones algún hijo pequeño le ayudaba en su trabajo, ganando esos días su jornal de zagal de su padre. Las mujeres esporádicamente también realizaban otra serie de labores.

Cuando yo iba al “Campo”, venían al cortijo a jugar conmigo Leoncio y Salvador, hijos de Dolores y Tomás, el arriero, así como Alejandrín y Eulalia, hijos de María y Alejandro González que eran los que vivían en el cortijo de La Nava.

Totalmente adosado al cortijo de La Nava y comunicado con este por una gran puerta, estaba la casa de Goro (Gregorio González) el encargado de mi padre, donde vivía él con su hijo Alejandro, su nuera María y sus dos nietos Eulalia y Alejandrín.

La casa consistía en una habitación amplia con una chimenea y una pequeña cocina de carbón, un dormitorio con una cama que era el de Goro y otro dormitorio más donde dormían Alejandro con su mujer y sus dos hijos. Para acceder a este segundo dormitorio había que pasar por el de Goro. Ambos dormitorios tenían un palanganero con una palangana y un jarro de agua para asearse.

Fuera de la casa, en el patio y junto a una cuadra existía una pequeña habitación con un retrete. El patio era rectangular y según se salía de casa de Goro a la derecha tenía una cancela que daba a “la calleja”, Después venia el cuarto del aceite, dónde en dos bidones grandes de hierro se almacenaba el aceite que se molía en la cooperativa de Zufre. Después una cuadra con capacidad para tres caballos y un cuarto de carbón. En el testero de enfrente tenía el patio una techumbre con dos pilas para lavar y en el testero izquierdo, según el giro que le estamos dando el cuarto del retrete, otra cuadra para otros tres caballos y el cuarto del horno, llamado así porque antiguamente existía allí un horno dónde se hacia el pan aunque yo esto nunca lo conocí.

Goro era el encargado de mi padre. Anteriormente su padre, Antonio González lo había sido de mi abuelo. Llevaba el mando directo sobre todo el personal y era el que asignaba los trabajos y pagaba a final de semana, los sábados, los jornales a los trabajadores.

Esos días se ponía en una mesita baja de madera con una silla igualmente baja y una caja donde guardaba el dinero y a lo largo de la mañana iban pasando por el cortijo los trabajadores o bien sus mujeres a recoger el jornal de la semana que algunas veces incluía además algunas peonadas de las mujeres o los zagales de estos, según hubieran estado estas apañando bellotas, arrancando monte, o algún hijo de zagal con su padre. Recuerdo que en más de una ocasión yo cogía una escoba y barría un poco el patio y acto seguido me ponía en la cola para que me pagara. Como es natural nunca me daba nada pues luego las cuentas las tenía que cuadrar con mi padre, pero yo no entendía porque a mí no me pagaba y si lo hacía con todo el mundo.

Foto, Goro y Manuel Duque Calderón, mi padre, por Zufre durante la feria alrededor de 1950.

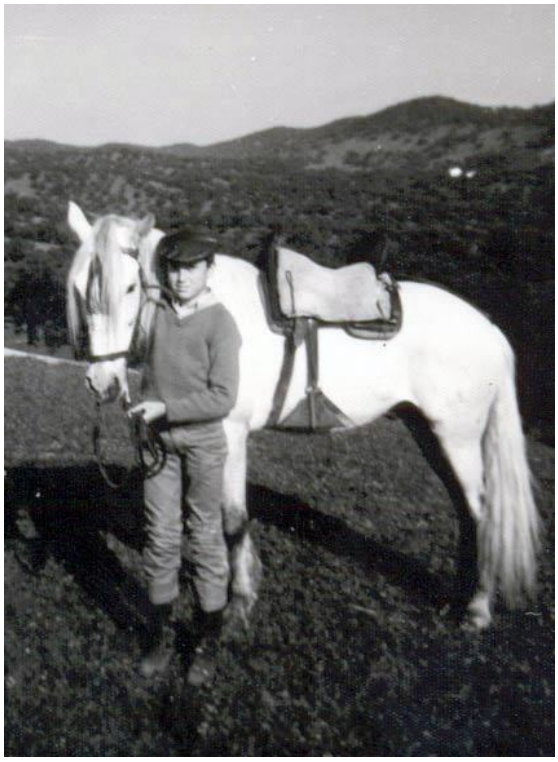
Goro montaba una jaca negra colina muy noble. Salía a diario a ver cómo iban las faenas del campo, lloviera hiciera viento o frío, veía las piaras de cochinos, las vacas, como iban los arreglos de paredes o cortijos pues siempre había una pareja de albañiles reparando o haciendo algo. Su hijo Alejandro trabajaba a modo de su ayudante y lo enviaba igualmente a supervisar otros trabajos. Alejando montaba una caballo tordo español hijo de un semental de Alberto Márquez y una yegua torda de la casa que fue la madre de casi todos los mulos que allí habían. Más tarde este caballo se quedó tuerto al escaparse de la cuadra y meterse en el andil dónde estaban los mulos. El mulo Jabonero le dio una patada y lo desgració del ojo derecho.

Foto, Goro en la era de la Nava con dos verracos alrededor de 1960.

Goro además era un buen talabartero y lo recuerdo las tardes de invierno en el cuarto del horno repasando aparejos y arreos, cosiendo jáquimas o costales. En verano se iba por las tardes a un huerto que tenia junto al pilar de la Nava y que se conocía como el pilar del huerto. Estaba cercado por unas chumberas y en él cosechaba las frutas y hortalizas con las que luego se abastecía.

Foto, mi hermana Luchy en la era del cortijo de La Nava, con San Francisco al fondo, alrededor de 1944.

En aquella época era frecuente que nos visitara una pareja de la Guardia Civil. Iban a caballo realizando la ronda de cortijo en cortijo. Recuerdo que dejaban los caballos amarrados en la calleja y entraban en casa de Goro a tomar un café, con las capas verdes, los tricornios y los fusiles. A mí me causaban muchísimo respeto y me intimidaban una barbaridad.



Foto, yo con un caballo en La Nava en 1968. El cortijo de San Francisco al fondo.

En el campo siempre hubo caballos y Alejandro fue, el que por encargo de mi padre, me enseñó a montarlos. En la época de mi infancia y juventud, es decir, antes de los años 70, el caballo era un medio de locomoción necesario, pues no había carriles y los caminos eran veredas de herraduras. Existían pocos conocimientos equinos. Se había pasado del burro y el mulo al caballo sin más. Los caballos no estaban bien domados. Se dejaban montar, pero ya está. Nadie tenía conocimientos ecuestres más allá de montarse y "tirar palante". Recuerdo salir con Alejandro a caballo, llevándome este de reata y luego soltarme en mitad del campo. Los caballos se retrotaban con frecuencia y a mí lo único que me decía entonces era ¡pégale!, con lo que al no tener fuerzas para sujetarlo e intentar pegarle se ponía aun peor. Si alguien me quería enseñar algo más me decía ¡Ponte derecho! Y ahí acababa toda la enseñanza ecuestre. Así un niño de siete a diez años poco podía aprender.

Recuerdo pedirle a Alejandro que me preparase el caballo, pues yo con esa edad no podía con la montura vaquera y cuando lo veía salir con él de la cuadra yo temblaba de miedo. El me decía: estás tiritando, a lo que le contestaba que era de frio, aunque fuese Agosto, pero así y todo me montaba. A nadie se le ocurría que había que darle un poco de picadero antes, pues seguramente llevaba algunos días sin salir atado al pesebre, con una soga al cuello ya que ni siquiera había una cabezada de cuadra. Eso era un lujo impensable.

Había días que Alejandro me llevaba con él y salíamos del cortijo a las 9 de la mañana, no volviendo hasta la una del medio día. Íbamos a ver a las cochinas de “Las majaillas”, luego a las vacas que pastaban por “El Ollero” y “Matasalas”, luego pasábamos por el “Risco de El Cuervo” camino de Vallebarco, donde estaban las ovejas, a “Valdebují” donde pastaban los sementales retintos cuando no estaban cubriendo y por San Francisco y Pan de Pobres donde estaban los cochinos. El iba recogiendo las novedades que les daban los trabajadores diariamente para luego tratarlas con su padre Goro. Eran unas caballadas épicas para un niño de diez años, pero me encantaban. En invierno los días fríos, en muchas ocasiones nos teníamos que poner los capotes por el “aguanieve”, el silencio del campo, solo roto por algún cencerro de alguna vaca o alguna esquila de oveja. Las conversaciones que él mantenía con los trabajadores y que yo absorto escuchaba… Para mí eran días mágicos.

En esas ocasiones mi padre me daba un paquete de cigarros, no para mí, pues yo con esa edad lógicamente no fumaba, si no para que le ofreciera tabaco a todo trabajador que me encontrara. En aquella época lo usual era consumir tabaco de liar y para estos hombres poder fumar tabaco ya liado era todo un lujo.

Alejandro se compró una moto y desde ese momento dejó de ir al pueblo a caballo. Cuando Goro tenía que ir a Santa Olalla o Zufre lo llevaba Alejandro en la moto. Al pueblo se iba con frecuencia. Cuando papá no iba durante cierto tiempo al “Campo”, nos enviaban los huevos que ponían las gallinas Los metían en unos cajones de madera con el tamaño de un cartón de huevos y dónde se apilaban varios cartones de estos y los mandaban por “La Estellesa”, que era la compañía de autobuses que hacían el trayecto de Extremadura a Sevilla. En más de una ocasión me tocaba a mí, ir desde nuestra casa de Sevilla a la estación de autobuses que estaba próxima, a recoger los huevos.

Posteriormente Alejandro se compró un Citroën “dos caballos” y lo tuvo varios años hasta que se le despeñó por la cuesta que había delante del cortijo llegándole hasta el barranco. Después de este coche papá le puso un Renault 4 que igualmente se le despeñó pero en esta ocasión por el barranco de detrás.

Foto, yo montado en “El Morito” con mi padre Manuel Duque Calderón en la Calleja del cortijo de La Nava. Alrededor de 1960.

Al lado del cortijo de La Nava estaba “la calleja” que era como una callecilla empedrada en cuya otra “acera” estaban la casa de Tomás, el pajar, el Gallinero, La Nave del pienso y la Cochera.

Tomás era el arriero y tenía a su cargo seis mulos, el Jabonero, el Perdigón, el Chico, la Mula y dos más que no recuerdo sus nombres. Vivía con su mujer Dolores y sus hijos Leoncio que era subnormal y Salvador. Tenía también una hija pero esta vivía en el pueblo con su abuela.

La casa de Tomás era una habitación con una chimenea y sin ventana y un dormitorio con un ventanuco que daba al andíl, la cuadra de los mulos, donde dormían los cuatro en dos catres.

Yo entraba con frecuencia a la casa de Dolores y siempre tenía puesto en la chimenea el “Puchero”, que era una vasija de barro llena de Garbanzos con un poco de chorizo. Dolores era la encargada de realizar “la cabaña”. Esto era la compra semanal de comida y suministro para todos los trabajadores del campo. Ella salía un día por la mañana con una burra y el mulo chico, que era el más noble, de reata y dos serones cada uno y una lista con todas las cosas que les encargaban las demás mujeres que vivían en “El Campo” para que les trajera del pueblo. Recuerdo especialmente las hogazas de pan que duraban toda la semana. No sé porqué la cabaña la iba a hacer a Zufre que distaba 14 Km. cuando tenía Santa Olalla a 5 Km. solamente. Cuando ella llegaba al cortijo con “la

cabaña” hecha, acudían las distintas mujeres con sus burras a recoger los encargos que le habían hecho y echar las cuentas.

Salvador y Leoncio se venían al cortijo por la noche a jugar conmigo y con Eulalia y Alejandrín. Jugábamos al esconder, a las cartas (al burro) o a las gomas. Papá guardaba en el doblado las gomas que le quitaba al coche por viejas. En aquel entonces tenía un Seat 1400 verde. Con estas gomas corríamos por dentro del cortijo de un cuarto a otro. A eso de las 21,30 Dolores llamaba a sus hijos pues al día siguiente tenían que trabajar.

Por su parte, mi padre jugaba por las noches al dominó con Goro y Alejandro, en una camilla con un brasero de carbón, próxima a la chimenea del cortijo.

Foto, yo en el cortijo de La Nava alrededor de 1960.

Salvador estuvo mucho tiempo de “Chinga” y Leoncio cuidaba una piara de unas 60 cabras, todas blancas. Las sacaba todos los día a eso de las diez de la mañana y volvía al atardecer en invierno a las cinco de la tarde y en verano a las ocho. Se andaba más de diez Km. todos los días con las cabras y salía con el hatillo de la comida. Posteriormente se fueron a vivir a Zufre, cuando Tomás se compró una “motillo” a “dita” y Salvador se marchó a trabajar a otro sitio. Entonces Leoncio venia andando diariamente del pueblo y volvía igualmente andando, haciéndose a diario unos 25 Km. al margen de los 10 de las cabras. Así está ahora, enormemente gordo el que siempre fue una guita de delgado y muy largo. No iba con su padre en la moto pues este no la dominaba muy bien que

digamos. Con frecuencia se caía en una curva que había en la cuesta abajo previa al antiguo puente de la Ribera de Huelva, en el camino a Zufre. Tanto es así que al final se paraba, se bajaba de la moto tomaba la curva andando y después se volvía a montar.

En el cortijo de Pan de Pobres no vivía nadie. Lo hizo construir mi abuelo Francisco Duque Rincón cuando a él le tocó esa finca. En mis tiempos estaba vacío y se utilizaba como granero. En la casa de enfrente vivían Juan y Remedios. No tenían hijos. Recuerdo una noche que fuimos desde la nava Alejandro, sus hijos Eulalia y Alejandrin y yo con una linterna a coger pájaros al doblado del cortijo. Llegamos ya anochecido y a Alejandro no se le ocurre otra cosa que poner la linterna que yo llevaba con un piloto intermitente enfrente a la casa donde vivían Juan y Remedios y aporrear la puerta después de escondernos todos. Salieron a ver quién era y al ver la luz se metieron otra vez en la casa y Remedios decía ¡Coge la escopeta Juan!.

Foto, mi padre, Manuel Duque Calderón y Goro, en el antiguo cortijo de San Francisco alrededor de 1970.

Con el tiempo se trasladaron a vivir a La Noria y Juan pasó a ser el hortelano. Allí tenía plantada toda la huerta, que aun no la atravesaba la nueva carretera de Santa Olallla a Zufre, de hortalizas con la que nos abastecíamos. La Noria se llamaba así porque allí existía una noria de “cangilones” que extraía agua del pozo que existía debajo, accionada por las vueltas que daba un burro. Este agua iba por su peso hasta una alberca donde se almacenaba y desde donde luego se regaba toda la huerta.

Con el tiempo, el pobre burro fue sustituido por un motor de gasolina para la extracción del agua.

Los veranos que había saca de corcho y nos íbamos al campo, se ponía delante de la alberca un sombrajo y allí nos íbamos todos los días a darnos un baño. A media mañana llegaba “el Chinga” a por agua para el cortijo y nos traía un canasto con algún aperitivo que nos mandaba mi madre.

Remedios se mareaba mucho en el autobús por lo que le daba mucho miedo venir a Sevilla, hasta que encontró la solución según ella y era llevar no se qué santo metido en el corpiño, aunque lo verdaderamente eficaz, según nos contaba ella, era ponerse una aspirina debajo del brazo, en la axila y no quitársela hasta llegar a Sevilla.

Juan murió en un accidente de tráfico al venir en un coche desde Zufre a Santa Olalla. Contaron que el coche, un Citroën dos caballos, se quedó sin frenos y que Juan asustado saltó del coche golpeándose la cabeza. Con el tiempo se supo que esto no fue verdad y que no saltó. Dijeron eso pues el conductor del coche estaba haciendo el servicio militar y no tenía carnet de conducir. El dejó un recuerdo en la Noria y es el nogal que está junto a la alberca, que salió de sembrar una nuez.

Foto, nogal de La Noria de La Nava al día de hoy.

Daniel fue otro de los trabajadores legendarios de La Nava, aunque se casó y se marchó muy joven a trabajar a otro sitio, volvió al cabo de los años con su mujer y tres zagales. El día que se marchó por vez primera, acudió al cortijo a despedirse y llevaba unos zahones confeccionados por él mismo con tela de costales, con el cual se secaba las lágrimas. Ya de vuelta nuevamente a la finca se quedó a vivir en Pan de Pobres en la casa que habitó anteriormente Juan y Remedios. Un día su mujer iba por la Cañada Larga a Santa Olalla en una burra con dos chiquillos cuando le salió un toro de José Ortega que se había

saltado la pared. Arremetió contra la burra tirándola a ella y a los niños y encelándose con la burra que salió corriendo y por tanto haciéndoles esta el quite. No le pasó nada a nadie milagrosamente.

Foto, mi padre, Manuel Duque Calderón, con unos trabajadores durante un descanso en la jornada, bajo la sombra de una encina, alrededor de 1950.

Un día Daniel descubrió en una encina de “La Primavera” un nido de jilgueros. Cogió a este con los polluelos y lo metió en una jaula dejándolo en la misma encina para que la madre pudiera seguir alimentándolos. Posteriormente, día tras día iba cambiando la jaula de encina, acercándola al cortijo para la madre consiguiera encontrarlos y siguiera alimentándolos. El quería regalarle esos pájaros a mi madre. Un día, cuando ya la jaula estaba próxima al cortijo, se encontró que una culebra había entrado en ella y se había comido a los polluelos. Esta aún estaba dentro, pues con el volumen que había adquirido no podía salir de la jaula. La cogió y llegó llorando hasta el cortijo a enseñársela a mi madre. Mi madre ordenó calentar un barreño con agua y metió la jaula con la culebra dentro. Esta hirvió abriendo la boca y soltando a los polluelos, aunque ya muertos.

Luis Casares era el vaquero. Vivía en el Ollero y tenía dos zagales. Le gustaba mucho la escopeta y se pasaba el día cazando por el Ollero, Matasalas y El Cuervo, que eran los parajes que él andaba con la piara de 150 vacas retintas que allí pastaban. Mi padre, que en muchas ocasiones salía con Goro a caballo para revisar el ganado, tuvo un pinzamiento de columna y tuvo que dejar de montar, por lo que en algunas ocasiones que íbamos al campo, Luis Casares traía, junto con dos zagales suyos, la piara de vacas hasta el cortijo de La Nava para que mi padre las viese. Tanto él como sus hijos manejaban la honda estupendamente y con ella dirigían a toda la piara. Recuerdo el ruido de los cencerros que se empezaban a oír cuando bajaban de “las majaillas” a la “Vega del tío Hacha”, camino del cortijo de La Nava.

En “Las Majaillas” vivía Luis, que estaba casado con una mujer que no recuerdo su nombre pero que era muy “echá palante”. Era el encargado de las 80 cochinas de cría, ibéricas puras, de su cubrición, parición y crianza de los lechones hasta el destete.

Cuando los lechones se destetaban pasaban a los cortijos de Pan de Pobres y San Francisco quedando encerrados en las cercas de piedras que allí había, al cuidado de los trabajadores que allí habitaban.

En “El Cuervo” y posteriormente en “Vallebarco” vivía una familia compuesta por Enrique, Luis y Manolo Mateos, con sus padres. Estos hacían de todo, arar, talar, echar alambradas, apañar aceitunas etc. Eran peones que acudían al trabajo que fuese necesario realizar en cada momento.

Foto, un trabajador, mi hermana Concha, Mi madre con mi hermana Fina, mi hermana Luchy y Alejandro González (el hijo de Goro), en el cortijo de El Cuervo, un día de excursión alrededor de 1956.

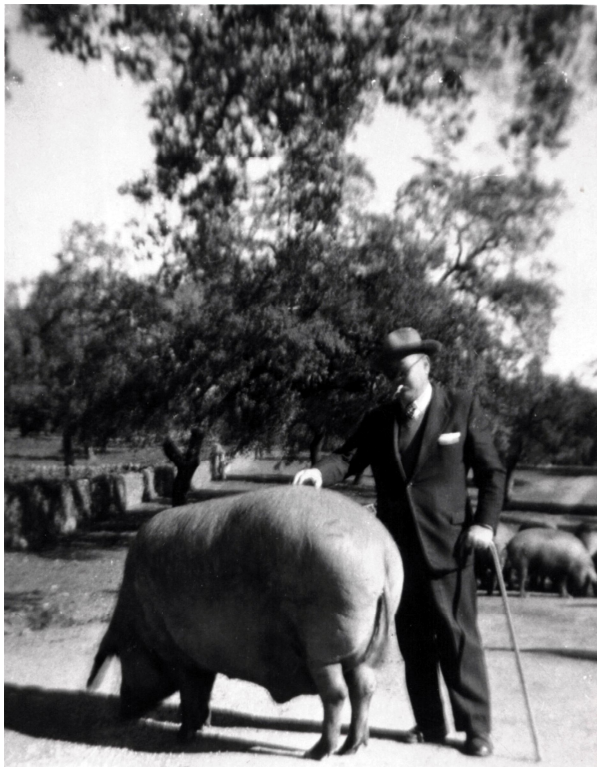
En aquella época se hacían multitud de trabajos en el campo que consumían mucha mano de obra. Trabajos que hoy en día son impensable debido al alto coste que supondría. Por ejemplo, era usual encontrarse a una cuadrilla de mujeres apañando bellotas en tiempo de la montanera, para luego echárselas a los cerdos encerrados en las majadas, a modo de cebadero, o arrancando monte a mano en otoño, o recogiendo aceitunas, etc. Siempre llevadas por un manijero que era el encargado de ellas y que solía ser un hombre que se llamaba Ceferino. Recuerdo ver a estas cuadrillas de mujeres con amplios sombreros de paja, falda hasta los tobillos y debajo de estas un calzón para que no se les vieran los tobillos al agacharse.

También se solían sulfatar las encinas. Para ello existían dos máquinas manuales que se cargaban en un mulo, encima del aparejo. Dos hombres salían con cada mulo, uno llevándolo de cabestro y el otro accionando la máquina que iba sulfatando las encinas.

Por supuesto que las aceitunas de los “Calerizos” en “La Corvera Baja”, la umbría de “El Cuervo” y “Vallebarco” se recogían para aceite y se mandaban a lomos de mulos a la cooperativa de Zufre donde la molían. A los olivos se les araba el terreno, se podaban y vareteaban todos los años.

Foto, mi hermana Luchy sobre un burro en 1944. Obsérvese el costal con pienso que lleva el burro sobre el aparejo y al fondo “Los Calerizos” sin monte ni chaparros. Tan solo con la cerca de olivos.

En “Tosantos” (Todos los santos, día 1 de Noviembre) se hacían las piaras de cochinos. Estas no solían tener más de sesenta cochinos cada una y cada una su porquero. Se utilizaban distintas majadas que habían por la finca, como la de la Casa Vieja, la Primavera, los Chaparales, Pan de Pobres, La Calabaza, La Cañada Larga, La Nava, Vallebarco, Valdebují, La Vieja Alta, La Vieja Baja, San Francisco, Chinalejos, La Noria, Las Majaillas …



Foto, mi padre, Manuel Duque Calderón con un verraco ibérico puro, alrededor de 1960.

Cada majada tenía su zona de influencia donde comían los cochinos y como estas lindaban unas con otras, era usual que un porquero invadiera el terreno de otro y se comiera su bellota, por lo que empezaban las discusiones entre ellos. En aquella época la finca no estaba cercada con alambres, por lo que el ganado debía de ser guardado por alguna persona para que no se dispersara.

Los cochinos dormían en estas majadas, hacinados unos junto a otros. Con lo gordos que estaban, en pleno invierno hacia un calor enorme dentro de las majadas, por lo que Goro no permitía que los porqueros sacaran a los guarros antes de las once de la mañana, pues con el frio era peligroso que se enfriaran cogiendo una pulmonía, cosa corriente en esa época.

A los cochinos los porqueros les vareaban la bellota. Esto se hacía con un palo largo de unos 2,5m que llevaba en el extremo una cuerda de otro metro y a continuación de esta otro palo de otro metro que era el que se lanzaba contra la copa de las encinas para que cayeran las bellotas. Este artilugio se llamaba la zurriaguera y aún hoy se venden en la feria de Zafra.

Los cochinos, cuando terminaban la montanera y se vendían, se pesaban en romanas. Se necesitaban varios días para pesarlos a todos y la faena comenzaba al despuntar el alba, antes de que el cochino “estercolara”, para que de esta forma pesara más.

Se iba de majada en majada con un gran número de hombres. Normalmente iban Goro, el corredor de la casa, el corredor del comprador y el comprador, apuntando los pesos de los cochinos, de uno en uno, en unas libretas al efecto. Se pesaban en arrobas y libras y al final de cada peso ajustaban las cuentas. Otro hombre manejaba la romana, y otros ocho en dos cuadrillas iban enlazando y cogiendo los cochinos de uno en uno para subirlos a la romana. Mientras otro hombre en el exterior de la majada preparaba unas migas, para que se comieran a media mañana, en una candela con una sartén enorme y con dos cantaros de agua y un cucharro de corcho para dar de beber a los hombres.

Yo recuerdo esos días levantarme por la mañana y oír desde el cortijo de La Nava los gritos y gruñidos de los cochinos de las distintas majadas, alterados con la faena del peso. En el campo, que siempre reinaba un silencio total, ese día era un jaleo de gritos que llegaban desde lejos. A mí me solían llevar a media mañana a ver la faena.

Foto, cochinos en La Nava alrededor de 1960.

Recuerdo también las faenas de la trilla en la era de la Nava. Distintas zonas de la finca se sembraban de cereal, labrando la tierra con unas vertederas arrastradas por mulos.

Foto, mi madre con unas amigas en una “parva” de trigo. Detrás los arrieros con los mulos para la trilla, alrededor de 1943.

Cuando llegaba la época de la recolección participaban hombres y mujeres, unos segando con hoces, otros haciendo gavillas, los arrieros con los mulos llevándolas a la era de La Nava, donde allí se formaba la “parva” para que las yeguas la trillasen.

Foto, mi hermana Fina, una muchacha, mi abuelo materno Pedro Álvarez, mi madre María Luisa con un perrito en brazos, mi hermana Concha, mi hermana Luchy y otra muchacha en una “parva”, alrededor de 1954.

Por la tarde cuando se levantaba “la marea”, se aventaba el grano con un viergo, o bien se metían en unas máquinas de aventar manuales, que funcionaban con un hombre haciendo girar una manivela.

Foto, mi hermana Luchy sobre un montón de grano con los viergos y la máquina de aventar detrás, alrededor de 1944.

Como esta faena de recolección se realizaba en julio, las noches eran muy calurosas y los hombres se quedaban a dormir en la era, a cielo raso sobre “las parvas”. Yo me iba con ellos quedándome inmediatamente dormido mientras ellos hablaban de los hechos acaecidos durante el día. Entonces llegaba mi tata que me cogía en brazos y me llevaba al cortijo a que siguiera durmiendo en mi cuarto.

También recuerdo cuando algunos sitios de Pan de Pobres se sembraban de altramuces. Cuando se recolectaban se llevaban a la era de los Chochos y después se endulzaban en los pilones del pilar de Pan de Pobres.

Los chochos se les daban en verano a los cochinos que iban a entrar en montanera al otoño siguiente. Como estaban dulces, les gustaba mucho y se hartaban. Luego les entraba sed, bebían y los chochos se esponjaban ensanchándoles la barriga, para que luego al entrar en montanera esta estuviera muy grande y el cochino comiera y engordara más.

Existía también una piara de unas 200 ovejas que dormían en Vallebarco. Yo era muy chico entonces y recuerdo que cuando las traían al cortijo de La Nava, antes de que ellas llegaran lo hacían los mastines que con ellas iban y que se oían llegar por el ruido que

hacían las “carrancas” que eran los collares de pinchos que llevaban al cuello los perros para defenderse de los lobos que en aquella época aún existían en la zona. Uno se llamaba Manchego, otro Manolete y otro Berduga. La faena de esquilar se realizaba a tijeras y recuerdo verla realizar en la calleja de La Nava, aunque en esa época yo era muy pequeño, pues las ovejas se quitaron alrededor de 1960.

La saca de corcho se sigue haciendo aún hoy en su mayor parte de la misma manera. Un manijero, encargado de las colleras de hachas señalaba los alcornoques a sacar y cada uno de ellos era abordado por un par de hachas.

Foto, saca año 1955.

Por cada cuatro colleras de hachas había un rajador que separaba las zapatas y el bornizo del corcho. Los juntadores apilaban el corcho formando un volumen determinado para que pudiera ser cargado en un mulo que lo llevaba hasta el peso.

Foto, peso con romana en la saca de corcho de 1955. Obsérvese una mujer cargando la báscula.

Antes el corcho se solía pesar en romana a la llegada a la pila, por lo que se pesaba con su jugo. Allí estaba una persona por parte del comprador y otra por parte del vendedor que llevaban el control del peso a la vez que dos cargadores que eran los encargados de cargar la báscula. Cada peso se completaba con cuatro quintales. Hoy en día lo usual es pesarlo cargado en camión. Por último, un aguador con un mulo y seis cantaros abastecía de agua al personal que lo iba solicitando.

Esta era la finca que administraba mi padre Manuel Duque Calderón y que yo siempre disfruté como mía durante cuarenta años, hasta mediados de los años 90, en el que dejó la administración.

Foto, yo con la encina de Vallebarco al fondo, en el año de 1990.

Es entonces cuando mi padre decide vender su parte de la finca, ya que mis hermanas no tienen ningún interés por conservarla cuando él falte y ser yo el único que tengo interés por ella. Así que en el año 1995, y por encargo de mi padre, le vendo El Cuervo, Vallebarco y San Francisco (del primo hermano de mi padre Antonio Duque Hidalgo) a la Fundación Montemediterraneo, .

Por otro lado, los herederos de Antonio Y Francisco Duque Calderón, venden Matasalas, El Ollero, La Corvera Baja, La Nava y Pan de Pobres, a los hermanos Borrero. Estos a su vez, venden de Pan de Pobres las 50 Has que le caen al otro lado de la carretera que va de Santa Olalla a Zufre y que se conocen como los Chinalejos y la Umbria de Perianez, a Angel (Calamón) el del Bar Onuba de Santa Olalla del Cala.

Por mi parte en el año 1998, les compro a los herederos de Antonio Duque Hidalgo, La Noria de La Nava, último reducto de la finca y desde cuyo “Alto del Majadal” puedo ver toda la finca aquí descrita y recordar con cariño y nostalgia las vivencias tenidas en ella.

Foto, vista general desde el Majadal Alto de La Noria. No aparecen en la foto Vallebarco, que estaría más a la izquierda; y La Noria y Los Castillejos que estarían a la espalda del observador. Foto de 2008.

Solo me reconforta saber que al menos nuestra parte, la posee y explota con cariño la Fundación Montemediterraneo. Estoy seguro que Sebastiana, Manuela, Eloisa, Antonio, Francisco, Alejandro, Manuel, Goro… desde donde estén, verán con agrado este hecho.

Manuel Duque Alvarez
Junio 2013

“No lo olvides Ketty Escarlata O`hara. Lo más importante en la vida es la tierra. Esta siempre perdura. Tú aún eres muy joven para entenderlo, pero también aprenderás a amarla”.

De “Lo que el viento se llevó”.